minos, y de allí á los patíbulos y las horcas. No tengo dificultod en afirmarlo, cuando puedo alegar un ejemplar tan reciente, que nadie puede ignorarlo. Aún está humeando la sangre de aquel infeliz Fermin Laviano, cuya vida, comenzada por un nacimiento ilustre, la vimos terminar en un cadalso, porque las redes del juego lo implicaron en las de los robos y salteamientos: igual ha sido la suerte de otros muchos.

REFLEXION VI.

El juego daña á los particulares en todos sus bienes, y primeramente en el dinero.

Como en un corazon corrompido, cual he pintado de un tahur de profesion, poca ó ninguna impresion harán los sentimientos de ciudadano y los perjuicios de la república, es menester para despertarlos del letargo con que los tiene adormecidos su pasion, usar de más fuertes sa-

cudimientos, poniéndoles delante los daños que á ellos mismos les origina. Todos sus bienes padecen lesion: los exteriores ó de fortuna; los del cuerpo y los del alma. Y comenzando por los primeros, el que luego se ofrece y debe tratarse antes que los demás, es el dinero. Combatirlos por esta parte, es atacarlos en sus mismas trincheras, y dirigir la zaeta derechamente al corazon de su pasion, que es la codicia, causa principal de perseverar en el juego, y la más fuerte rémora que los detiene para separarse; pero no es más que una vana ilusion que pretendo desvanecer, persuadiéndolos á que lejos de adquirirse algun dinero en semejante ejercicio, se pierde indefectiblemente.

Confieso desde luego que en un congreso de jugadores alguno ha de ganar forzosamente; de otra manera, ninguno perderia. Convengo tambien en que volteando incesantemente la rueda de la fortuna, valancea de unos á otros, alternando las ganancias con las pérdidas, y que por consiguiente nadie sabe si le tocarán éstas ó aquellas; pero niego que de aquí se pueden fundar esperanzas de adquirir. Esto seria buscar ayopo en un principio que nada tiene de fijo, sino la subsistencia, y en que no hay cosa cierta, fuera de la incertidumbre misma. Por lo propio

que el perder y ganar se suceden sin guardar ley ni regla alguna, ¿qué razon tengo yo para aguardar la ganancia? Y caso que la logre, ¿qué seguridad de no perder en el momento siguiente, no solo lo adquirido, sino tambien lo mio? Aun siendo igualmente contingentes la ganancia y la pérdida, deberia yo temer esta, cuanto más siendo, como es, más regular perder que ganar.

Homero (1) pinta á Júpiter con dos toneles á los lados, lleno el uno de los bienes y el otra de los males, los que mezclados entre sí derrama sobre los hombres. Yo creo seria mayor el segundo que el primero, porque vemos son muchos menos los afortunados que los infelices en cualquiera clase de bienes por donde estendamos la vista. Qué comparacion tiene el corto número de los ricos, con el crecidísimo de los pobres; el de los nobles con el de los plebeyos; el de los sabios con el de los ignorantes; el de los colocados en puestos honrosos, con el de los desatendidos, y el de las mujeres hermosas con el de las feas y disformes? Este órden que invariablemente observamos en todas las *cosas*, en ninguna se resplandece más que en el juego, como en

(1) Lib. último de la Iliada.

donde reina únicamente la suerte, teniendo mucha parte en los demás la industria, el favor, la aplicacion y el trabajo.

Todos saben, con poca reflexion que hayan hecho sobre el particular, que al levantarse de la mesa de la diversion, son más los perdidos que los ganadores. El juego, que tanto se usa entre nosotros, consiste en una pura adivinacion, y el hombre está más propenso á errar, que á acertar. Cada uno de los tahures se halla rodeado de enemigos, que se valen de todos los medios, sin perdonar quizá ni aun los ilícitos, para hacer que pierda. La codicia insasiable que reina en todos, los precipita, segun San Ambrosio (1), y es causa de que casi siempre sea más lo perdido que lo ganado. Finalmente, todo conspira á la pérdida; la suerta, la propension del hombre, sus compañeros, y hasta el mismo deseo y ansia que tienen de ganar; por eso son tan pocos los que lo logran, coe respecto al número de los perdidos (2).

Sentada esta máxima como inconcusa, ¿no es una locura la esperanza de adquirir en el juego,

(1) Tomo 3.º serm. del juego.

(2) Citado por Lafiteau, serm. del juego, tomo 2.º

y una crasísima imprudencia esponer el dinero en él? ¿Quién se entra en una selva en que son más las espinas que las flores, ó se aventura por una senda llena toda de precipicios? ¿Quién se atreve á subir á una montaña de donde se despeñan los más, aunque divise á algunos que han arribado hasta la cumbre? ¿Quién no teme viajar por un camino en donde hay noticia de que han robado á muchos, aunque sepa lo han pasado algunos sin caer en manos de los salteadores? Pero ¿qué comparo los riesgos frecuentes con los éxitos felices que se logran rara vez, si se aterra el hombre del peligro aun en las empresas, que casi siempre prueban bien? ¿Cuántos rehusan aplicarse aquellas medicinas que han sanado á innumerables, solo porque en uno ú otro individuo se han desacreditado alguna vez? Pues ¿por qué en el juego se ha de esponer el dinero, siendo más regular la pédida que la ganancia?

Aun aquellos pocos reputados por dichosos entre los tahures, porque han ganado muchas veces deben temer como los demás á la desgracia. En materias que dependen de la suerte, de lo pasado no se puede inferir lo venidero; porque la buena ó mala fortuna, como expresó alegantemente Feijoo (1), no es una cualidad inherente

(1) Tomo 1º carta 37.

al sugeto, que forzosamente hará mañana el mismo efecto que ayer y hoy.

Pero quiero concederles á estos y aun á todos, que no solo ganen las más veces sino casi siempre: con todo, en alguna han de perder, y esto basta para que á juego largo se disminuya su caudal, porque una solo partida estravía más, que lo que se avanza en muchas ganancias. No hay quien ignore que todo tahur es parco cuando le dice bien la suerte, y precipitado si le sopla adversa. La causa que influye efectos tan contrarios es, que está fresco al ganar, pues no hay motivo para que se altere entónces; pero al perder, indispensablemente se acalora, se le exalta la vilez, y se ciega queriendo vencer la fortuna, y contrarrestar el azar, á fuerza de dinero. Coopera no poco al mismo fin, el comercio de los jugadores de habilitarse y prestarse mútuamente, pues en virtud de él, si está ganando, todos le piden, con lo que le disminuyen las fuerzas para apostar recio, y lograr la buena suerte; y si está perdiendo le franquean poco á poco una suma crecida de dinero, en que al fin se haya adeudado, y que tal vez no se hubiera atrevido á perder, si la hubiere visto junta.

Debe añadirse, que la pérdida es cabal, pues nadie ayuda con cantidad alguna al desdichado,

que la sufre; pero la ganancia no es entera, pues se va mucha parte, en dádivas, y baratos y no poca se pierde en los préstamos que entónces se hacen. Aun más, todos, como es constante, se quedan sin el dinero que pierden, que á nadie deja de hacer falta: y ninguno aprovecha todo lo que gana pues como adquirido sin trabajo lo disipa fácilmente. Es condicion del corazon humano, no cuidar lo que no ha castado el sudor del rostro: razon por qué en todas la naciones suelen los hijos consumir en breve los más gruesos caudales que les dejaron sus padres, y acopiaron á costa de muchos años y fatigas: ¿cuánto más obrará este principio en el juego, en que el ganador adquiere el dinero en un momento, y sin trabajo suyo ni de sus mayores?

Parece no hay otra cosa que decir, para desengañar á los tahures, que el estar más expuestos á perder, que á ganar, y que pocos instantes de pérdida dañan más, que aprovechan horas y aun dias enteros de ganancia. Pero para no dejarles, ni el efugio á que solo puede acojerse cada uno, de que tal vez estará reservada para sí la rara fortuna de adquirir en el juego, me avanzo á decir que ninguno gana en él.

Esta paradoja opuesta al parecer á lo que queda asentado arriba, de que en cada congreso de

jugadores alguno gana forzosamente, es un hecho verdadero que no pugna con aquel principio En cada junta ó sesion del juego, alguno gana; pero en la coleccion de todas, ninguno, porqu el que gana en unas, forzosamente pierde en otras, y quitando estas más, que lo que dan aquellas, resulta disminuido el caudal del jugador. De esta manera los tahures en sus ganancia, no son sino unos conductos por donde sin hacer mension circulan las monedas, ó bien las reciben en depósito ó préstamo honeroso para pagarlas despues con usura. El que más gana, dice el venerable Sr. Pla fox, nunca cobra lo que muchas veces pierde: porque por el continuo jugar, todo se queda en la casa donde juegan (1).

Pues ¿qué se hace el dinero? se dicipa en gastos superfluos, y perniciosos: solo en naipes se invierte una cantidad tan crecida, que asombra y no se creeria, si no constase en los estancos, los muchos que se consumen (2). Son aun más los costos de los tablajes ó casas de juego, con

---

(1) Manual de Estados y profesiones cap. 4 número 13 tomo 5.

(2) En el de la Instancia de Puebla se gastan de 11 á 12.000 el año que ménos, llegando algunos á 14 y 16 mil.

los de los oficiales mozos obsequios, velas y demás necesarios; agregándose los excesivos precios que allí se dan por cualquiera vagatela, como por una taza de chocolate, por un vaso de agua, y hasta por el asiento y lugar verificándose aquí la extravagancia, y exorbitancia de la cuenta de la venta en que cobraron á Wanton hasta la luz y el ruido (1). Estos son los gastos superfluos (2): los perniciosos consisten en lo que se invierte en vicios, y en mantener á los que no tienen otra profesion, y que á carecer de este fomento, por necesidad tomarian alguna ocupacion, en que se harian útiles á la sociedad.

Bien que ni aun estos deben por eso reputarse ganadores, pues solo comen y visten sin ha-

(1) Tomo 3 º cap. 12 país de las Monedas.

(2) Para conocer lo extension en cada reino y proporcionalmente en cada poblacion, basta la reflexion siguiente si solo cada mes se jugara, y no lo hiciera más que la vigésima parte del reino y el que más perdiera 4 p. habiendo muchos que perdieran 2 p. 1 p. 4 rs. ó 2, se tendria la pérdida por una friolera pues es el caso de la lotee en que se colectan en cada sorteo 60,000 y al año 840,000 ¿cuánto será lo del juego, que del diario se pierden cantidades incomparablemente mayores, y á mi juicio son más sus profesores que los que enetan en la loteria, la que se útil porque hace felices á muchos sin destruir á ninguno por sus moderadas entradas.

cer jamás caudal ni disfrutar ellos ó sus familias de una comodidad regular de vida, viéndose tan presto abundantes, como escasos, tan presto con explendor, como sin él: verdaderos cometas del hemisferio político, en que tan presto lucen como desaparecen, y que para calificarse de tales, sobre ser funestos á la república, y de la clase de los caudatos por sus reatos, no les falta ni la alusion del nombre, si se atiende al único fruto que sacan de su ejercicio. Ellos y cuantas continúan en semejante profesion al fin del juego en que se sueñan enriquecer, se encontraran con las manos vacias (1).

REFLEXION VII.

El juego daña en las alhajas y muebles

El juego es una especie de fuego que aunque solo se ceba en el oro y la plata, dovora todo lo

(1) Dormierunt somnum et nihil invenierunt omnes viri divitiarunt in manibus suis, Psalmo 75 v. 6.

demás para convertirlo en el pábulo que lo alimenta. A la disipacion de las monedas sigue la de las alhajas y muebles. En este caso el tahur aun antes de jugar comienzan á perder. Malvarata primero sus cosas para reducirlas á dinero, y luego sacrifica éste al ídolo de su pasion. ¿Quién creeria si no lo viésemos por nuestro mismos ojos, que nada hay reservado para el tahur cuando llega á faltarle dinero con que continuar su profesion? No perdona á las alhajas de su mayor estimacion, ni á los muebles preciosos de su casa y su servicio, se deshace de los instrumentos y cosas necesarias de su arte ú ocupacion, y hasta de los vestidos suyos y de su familia. La frase hiperbólica de vender hasta la camisa que usamos cuando queremos levantar al punto la exageracion, tiene en el un sentido propio, real y efectivo. San Antonio de Florencia hace una graciosa comparacion entre los jugadores, y San Martin, cuando dió la mitad de su capa de limosna. Al precepto, dice, de la rieguro-sa suerte de un dado, se deja, no solamente la capa, sino tambien la camisa (1).

¡Qué lo que el hombre no vende aun por su justo precio para pagar sus deuda, y mandas,

(1) Parte 2, título 1.º cápitulo 23 párrafo 6.

cumplir sus plazos y palabras, sobre todo remediar las mayores necesidades y urgencias de la vida, haya de malbaratarlo por el juego! ¡Que no teniendo el dinero otro fin, ni apeteciéndose sino para adquirir con él los menesteres de nuestro uso, hayan de invertir este órden los jugadores, dirigiendo los menesteres á la adquisicion del dinero! Yo me los comparo á los mineros, que se pierden en su ejercicio, porque si estos se despojan de cuanto tienen en pos de la plata, aquellos todo lo consumen por el mismo fin, siendo en unos y otros iguales los medios y éxitos, invertir mucho para adquirir poco.

Es sabido que el tahur, en el trance para él de la mayor consternacion y angustia de no tener monedas que ir á sepultar á los tablajes, se afana, insta, ruega y suplica porque le compren sus cosas en menos de la mitad del ínfimo precio y en casi nada, como el que vendió su primogenitura en un plato de lentejas. Cualquiera cantidad le parece bastante, porque se promete con ella ganar mucho, lo que despues de restauradas sus alhajas, lo deja con fondo. Pero ¡ah! que el efecto no llena sus esperanzas y se queda vacio de uno y otro.

Lo más raro y digno de notarse es, que no solo el que pierde, sino tambien el que gana, resien-

te quebranto en sus muebles y alhajas; aquel vendiendo, éste comprando: aquel porque malbarata sus cosas, y éste porque las adquiere á peso de oro. Nunca falta cierta clase de mercachifles, cuyas tiendas son los garitos, sus mostradores las mesas de juego, y sus ganancias las más exhorbitantes, bajo el título de que reciben poco á poco, aunque en breves horas, la importancia de sus mercaderías: pretexto que no justifica á los otros usureros, aun siendo mayor la dilacion de su cobranza, y mucho menos su lucro. Meten por los ojos sus efectos, los vuelven de arriba á bajo y del uno y otro lado para mostrarlos á los circunstantes, ponderan su bondad y calidades, y pronuncian en su elogio tales arengas acompañadas de visajes y ademanes tan patélicos, que hablan más con el cuerpo y el gesto que con la lengua y los labios, y son capaces de embahucar al mas diestro: ¿cuánto más al que enagenado con el juego no les presta toda su atencion, y por lo mismo se alucina fácilmente?

Sea por esta razon, ó bien porque aun conociendo el jugador el excesivo costo á que le venden una alhaja, se le figura asegura en ella la ganancia del juego, como si no hubiera de malbaratarla en el tiempo de la pérdida; ó ya, finalmenlo, porque entónces vé el dinero á poco

más ó menos, como adquirido sin trabajo: él, por último, la compra á la mano, como ellos dicen, á duplicado precio de su valor. Aun fuera del juego, con tal que sea de lo ganado, no rehusa dar diez, por lo que en otras circunstancias no daria cinco.

REFLEXION VIII.

El juego embaraza los ascensos y proporciones de buscar y pasar la vida.

Es cosa muy natural al hombre el apetito de ser. Sereis como dioses, dijo la serpiente á nuestros primeros padres, y bastó esta exhortacion para que quebrantaran el precepto, así como atropellan innumerables los ambiciosos por obtener los empleos á que aspiran; con todo, este deseo tiene ciertos límites y linderos por donde esplayarse sin vulnerar la religion y la justicia. Entrar en los puestos por la puerta del mérito y subir á las dignidades por las gradas de los